

CONQUISTA[®]

Volume 3, Número 7

CRISTIANA

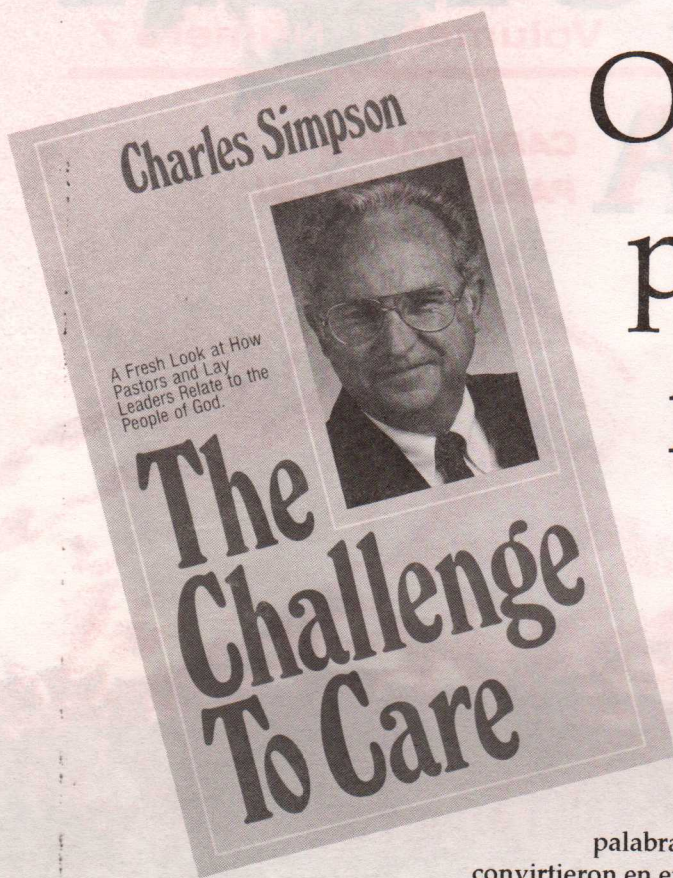
CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN!

Orientación para el ministerio pastoral
Charles Simpson / 98

El caminante — *Maly de Bianchi / 102*

La Iglesia y el antijudaísmo — *German Salas / 106*

Hospitalidad — *Miger M. Gálvez / 109*



Orientación para el ministerio pastoral

Por Charles V. Simpson

ministerio, reconozco algunas palabras de Dios que se

convirtieron en enunciados de nuestra misión. Se ha hecho una costumbre dar periódicamente mensajes a la iglesia, enumerando las verdades que hemos recibido, a través de los años. Por ejemplo, Filipenses 3:13:

Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante.

La verdad de Mateo 3:11, acerca del "Espíritu Santo", marcó un hito en mi vida. Durante los siguientes siete años, el Espíritu Santo se convirtió en el punto focal de mi oración, estudio bíblico y predicación. Después fueron "el reino de Dios", "la familia", y "reafirmar, reconciliar y rescatar".

El reto del pastor

El reto en el pastorado implica traducir la visión celestial en

realidad práctica. La visión celestial es cuando Dios corre el velo un poquito para dejarnos ver su propósito eterno. Dios tiene metas. Efesios 1:11 dice que hemos sido llamados conforme a su propósito y que hace todo de acuerdo con la determinación de su voluntad. Dios tiene un objetivo y gobierna por medio de él.

Caminar sin dirección es una maldición. Cuando Dios sentenció a Caín por la muerte de Abel, lo maldijo con una vida errante. Cuando sentenció a Israel por negarse a entrar en Canaán, destinó al pueblo a vagar por el desierto. Una persona o grupo anda errante cuando ha perdido todo propósito, pero continúa moviéndose por el mismo terreno una y otra vez. Sin una revelación progresiva, la gente se vuelve indisciplinada y se destruye a sí misma.

Por otra parte, cuando Dios escoge mostrar su favor a una persona o pueblo, les revela su voluntad y los llama para que colaboren con él en su propósito eterno. Sus recursos

Alguien ha dicho que un fanático es una persona que redobla sus esfuerzos cuando pierde el sentido de orientación. La respuesta para la mayoría de los problemas que enfrenta el pastor no consiste en que se esfuerce más, sino en un sentido claro de orientación. Billy Graham ha dicho que "quien a nada apunta a nada acierta".

Todo sermón debiera tener un propósito claro afirmado en cada punto. Toda reunión debe de tener un propósito, así como toda estructura en la iglesia. Cualquier reunión o unidad que no esté cumpliendo su propósito debe ser ajustada o eliminada antes de que resulte en detrimento.

Cuando repaso los años de

están a disposición de ellos, y su nivel de vida aumenta.

Todo gran líder tiene un sentido de propósito y de destino. Su llamado es a ese propósito. Abraham no sólo salió de Ur; salió en busca de una ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios. Moisés no sólo sacó a Israel de Egipto, también los llevó a la tierra prometida. Dios llamó a David para que derrotara a los enemigos de Israel. Jesús se encarnó para librar a la humanidad de la opresión del pecado y edificar una iglesia que pudiera vencer al infierno. Pablo predicó el evangelio a los gentiles y reveló los misterios de la iglesia.

La idea de que una persona es llamada a ser un profesional en la vida de la Iglesia no se ajusta a las Escrituras. El llamamiento bíblico no es a una profesión sino a un propósito.

Ninguna persona puede responder al llamado de otro. El propósito de Jesús era único. Le sirvió de orientación para toda su vida. Hebreos 12:2 dice que sufrió la cruz por el gozo que había delante de él. Su propósito era una fuente de gozo que lo mantuvo orientado hasta en la cruz. Cuando dijo "Consumado es", declaraba un cumplimiento. Si bien todos tenemos una "cruz", una parte en sus sufrimientos, en la cruz Jesús alcanzó su meta incomparable completamente.

Sólo las personas que conocen su llamamiento y su propósito pueden decir si lo han alcanzado o no. El apóstol Pablo dijo:

He acabado la carrera, he guardado la fe.

Esta declaración no tendría sentido a menos que él supiera cuál era su carrera.

Una de las principales tareas del líder es dar a su gente un sentido de propósito. La gente está más feliz y

saludable cuando vive para algo más allá de sí misma. Los cristianos del Nuevo Testamento tenían una causa: discipular a las naciones. La misión era tan real, que muchos de ellos sacrificaron sus vidas por ella. No sólo "menospreciaron sus vidas hasta la muerte", sino que a menudo enfrentaban la muerte como regocijo y alabando a Dios.

La iglesia de los primeros siglos, que tenía un propósito y estaba dispuesta a sacrificarse, es muy diferente a la iglesia contemporánea de Occidente con sus cristianos sin propósito, egocéntricos y estancados.

Thomas Oden se refiere a esto en su libro *Agenda for Theology* (Agenda para la Teología). El sigue las huellas de su propio ministerio cuando era un joven ministro sin agenda. En su libro describe la manera en que él y otros ministros seguían un programa preparado por líderes seculares porque el mundo teológico parecía no tener el suyo propio.

Uno de los principales requisitos del pastor consiste en saber a lo que ha sido llamado y comunicar con claridad ese llamamiento a su congregación. La misión que se relaciona estrechamente con el propósito eterno de Dios, atrae a la gente, sus recursos y sus vidas para cumplir con su voluntad en la tierra.

Las siguientes preguntas le ayudarán a evaluar las metas que está considerando para usted y para su congregación.

1. ¿Ha oído de Dios? ¿Hay un mandato para sus metas revelado en la Biblia y por el Espíritu Santo?

2. ¿Sirven estas metas al bien colectivo de la iglesia a largo plazo?

3. ¿Están las metas por encima de sus propios intereses?

4. ¿Son estas metas concretas o vagas? ¿Hay manera de medir el progreso para alcanzarlas?

5. ¿Son estas metas "suyas" hasta el punto de aceptar la responsabilidad de ir tras ellas? Si no se alcanzan en el tiempo propuesto, ¿culpará a otros?

6. ¿Son estas metas dignas de convertirse en una prioridad? ¿Le inspira a sacrificar otros empeños?

7. ¿Desarrollará una estrategia, buscará los recursos y se comprometerá a la consecución de estas metas?

8. ¿Está dispuesto a comunicar estas metas a otros y solicitar su participación y compromiso?

Estas son unas cuantas preguntas pertinentes para determinar cuál será la voluntad de Dios. Si todas las respuestas fueron afirmativas, el grupo está en buen camino.

Sugiero que el liderazgo de la iglesia aparte varios días para discutir estos asuntos y establecer metas claras y prácticas para la iglesia. Que las metas se presenten a la iglesia para que las examinen y se comprometan a seguir al liderazgo en el propósito de su consecución.

Hace varios años, la junta directiva de la revista *New Wine* y yo pedimos a un asesor que nos ayudara con la revista. No conocía su manejo interno pero tenía talento y era objetivo. Entrevistó a los lectores del país, habló con los contribuyentes principales, entrevistó al personal y, finalmente, vino a hablar conmigo. Su primera pregunta fue: "¿Por qué está haciendo esto?" Mi respuesta fue muy larga. Me di cuenta de que tenía que responder a esa vital pregunta más directamente si habríamos de realizar la voluntad de Dios.

La pregunta motivó al personal y a mí a pasar muchas horas de búsqueda en oración y consultas. Después de un año, el asesor nos ayudó a definir este sencillo propósito para nuestra revista: "Desafiar a nuestros lectores para que vivan en la vanguardia del propósito de Dios." Esto se convirtió en un blanco para los editores, los autores, el personal de producción, el departamento artístico y todos los que estaban asociados con ese ministerio.

La Iglesia necesita la misma clase de ejercicio.

Las personas como meta

Derek Prince dice con acierto: "Se requiere gente como en el Nuevo Testamento para edificar iglesias como en el Nuevo Testamento." La gente son las piedras de la iglesia, y esta nunca es mejor que la calidad de sus miembros.

Cuando comencé a pastorear, mis metas eran institucionales: edificar una iglesia mejor y más grande. Después de seis años, empecé a descubrir un defecto en mi objetivo; la gente. La iglesia ganó más gente y mejoró de muchas formas, pero no estábamos convirtiéndolos a un nivel bíblico de compromiso y de calidad de vida. No estábamos produciendo suficientes personas que fueran ciudadanos comprometidos del reino de Dios.

Nuestra proporción de convertidos nuevos era de diez a uno. Teníamos un bautismo por cada diez miembros. Algunos lo dirían de esta manera: "Precisaron diez miembros para alcanzar a un convertido." En realidad, un miembro alcanzaba a varias personas nuevas, mientras los otros nueve no hacían nada. Teníamos muchos cristianos que no producían.

Además, teníamos muchos cristianos que sus vidas mostraban

muy poco o nada de compromiso a un propósito más allá de sí mismos. Del treinta al cuarenta por ciento de los miembros estaban realmente inactivos. No asistían ni diezaban. Otros estaban completamente fuera de la iglesia, pero sus nombres seguían registrados todavía como miembros.

Una realidad muy seria era que la juventud se sentía más atraída por las aficiones pasajeras del mundo que hacia un compromiso espiritual. El vestido, la música, el vocabulario y las actitudes de la sociedad secular incursionaban entre ellos. Yo miraba la condición de la juventud como una señal vital de la salud de la iglesia.

En resumen, descubrí que podía levantar una iglesia grande sin que los miembros tuvieran las cualidades bíblicas que son fundamentales. Me di cuenta de que tendría que volver a establecer mis metas pastorales y comunicarlas de una manera más personal.

Sí había gente muy buena en la iglesia que parecían no tener problemas serios y si nos comparábamos con otras iglesias hubiéramos recibido algún consuelo. Pero continuaba viendo en la palabra de Dios a la iglesia del Nuevo Testamento. Encontré allí muy poco consuelo con respecto a nuestra condición. Constaté la creciente influencia de la cultura secular y tampoco me sirvió de alivio.

Todo esto hizo que examinara mi propia vida y la calidad que yo tenía que ofrecer. El Espíritu Santo me puso bajo una convicción profunda en aspectos como la oración, el compromiso y la espiritualidad. Mi predicación había sido "golpear a las ovejas en vez de alimentarlas". Me sentía como el viejo canto espiritual "No es mi hermano ni mi hermana, sino yo, oh Señor, quien necesita oración." Creo que el Señor me habló de la siguiente manera: "Has

estado seis años en esta iglesia. Si hubiera más que pudieras darle ya lo habrías hecho. Ellos son el espejo de tu ministerio."

El Espíritu Santo enfocó en mi vida el punto de la necesidad. Yo era el pastor, el mensajero, el ejemplo. Si quería pastorear una iglesia como la del Nuevo Testamento, tenía que convertirme en un hombre como los del Nuevo Testamento.

Comencé a buscar a Dios para impartir su vida y su propósito al individuo promedio de la iglesia. Comencé a ayunar, orar y sumergirme en la palabra de Dios. El poder de Dios vino a mi vida en una nueva dimensión y comenzó a capacitarme para capacitar a la gente.

Cualesquiera sean el carácter y ministerio que ponemos por delante de la gente, el liderazgo tiene que personificar esas metas. No podemos impartir lo que no tenemos. Sólo los árboles buenos producen frutos buenos. Los manzanos producen manzanas.

Los pastores nerviosos no producen gente pacífica. No impartimos lo que decimos, sino lo que somos. Nuestra meta principal es llegar a ser lo que queremos que el cristiano individual sea. La gente espera y necesita una impartición de Cristo.

Jesús comenzó su ministerio público con el sermón del monte. El sermón del monte se centra en la clase de personas que encuentran el favor de Dios en su reino. El sermón del monte demuestra que Dios comienza con metas de carácter para sus discípulos. Después pasa a las metas de ministerio. Cristo exaltó cualidades como humildad, penitencia, mansedumbre, hambre espiritual, misericordia, pureza de corazón y la búsqueda de la paz. No seleccionó como discípulo a ninguno que su motivación fuera la de ser visto o que juzgara a otros por

apariencias.

En vista del propio ejemplo de Jesús, ¿qué clase de metas de carácter debemos tener para nosotros mismos y para cada miembro de la iglesia? Las siguientes son doce cualidades además de las que ya hemos mencionado.

1. Humildad. Actitud recatada. Facultad de confiar en el Señor para que él nos haga ocupar nuestro lugar sin arrogancia ni ambición.

2. Amor. Cualidad individual que nos da la capacidad de sacrificarnos por el bien de otros.

3. Fe. La aptitud de tener confianza inquebrantable en algo que Dios haya dicho y que todavía no ha sucedido.

4. Rectitud. Relación correcta con Dios por medio de Jesucristo y relación correcta con los demás. Ser rectos por la gracia de Dios.

5. Actitud de adoración. La adoración y exaltación de Cristo mediante los dones, la honra, la alabanza, la oración y las demostraciones físicas como aplaudir y levantar las manos.

6. Benignidad. Actitud que se deleita en bendecir a Dios y a su pueblo. Se demuestra en la hospitalidad y la generosidad.

7. Actitud de oración. Relación con Dios que produce una percepción continua de su presencia, un diálogo con Dios en el Espíritu Santo, y un sometimiento a su voluntad. Esta cualidad se manifiesta en disciplina para apartar tiempo y dedicar toda la atención a Dios.

8. Poder. Dinámica del Espíritu Santo operando en la vida del

cristiano para realizar cualquier servicio que Dios quiere.

9. Servir. La consecuencia natural del amor y la gracia divina que nos constriñe a ayudarnos mutuamente en formas prácticas.

10. Honrar. La estimación manifiesta que el cristiano tiene para Dios y para otros que aprecia: padres, ancianos, gobernantes, líderes, maestros de la palabra y todos los que honran a Dios.

11. Reconciliación. La facultad de comunicar el amor de Dios a los apartados, ya sea que estén dentro o fuera de la iglesia. Por supuesto, esto incluye la evangelización.

12. Tranquilidad. La facultad de vivir en un estado de confianza y por lo tanto de paz.

Estos atributos de Cristo son indicadores de madurez espiritual. Encuentro que no puedo producirlos ejerciendo mi fuerza natural. Pero si doy mi atención al Señor y a su palabra, son sembrados en mí por el Espíritu Santo. Siembro estas cualidades en los que reciben mi ministerio en la manera que las produzco y las predico. Su crecimiento en los individuos y, por lo tanto, en la iglesia, establecen un fundamento firme para un gran ministerio y su realización. Producen un ambiente semejante al cielo.

Es importante que el carácter de los fundamentos que establecen los líderes y pastores sea una realidad en sus vidas. Tuve el privilegio de visitar una catedral en Europa. La torre de la iglesia descollaba sobre el resto del perfil de la ciudad. Había llevado trescientos años construirla. Una generación tras otra había construido sobre la obra de sus padres y abuelos. Generaciones

sucesivas de artesanos labradores de piedra habían construido para la permanencia y la estabilidad, sabiendo que sus descendientes trabajarían y adorarían allí.

Cuando vi esa torre pensé en la habilidad artesanal en el cuerpo de Cristo. Las iglesias grandes no se levantan casualmente. Son más que montones de piedras espirituales. Están construidas de piedras vivas relacionadas debidamente con la piedra angular y unas con otras. Δ

Tomado de *The Challenge to Care* (El desafío del pastado) por Charles Simpson.



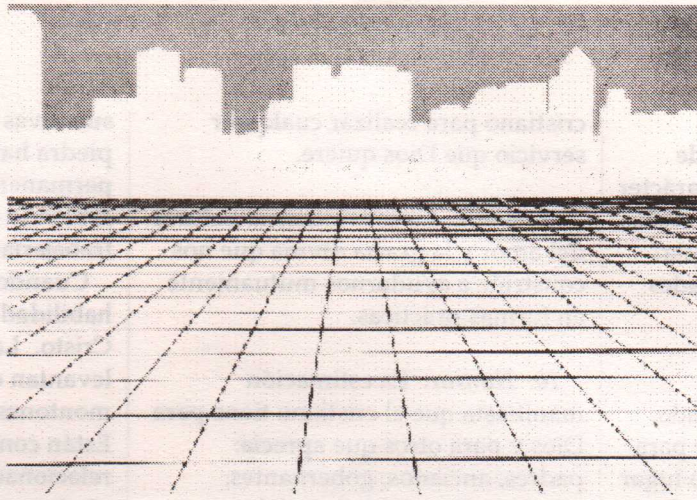
Charles Simpson es editor de la revista **CHRISTIAN CONQUEST**. Ministra dentro y fuera de los Estados Unidos de Norteamérica.

Nuevo libro

Publicado por Editorial Unilit, Miami, de nuestro apreciado colaborador Ricardo M. Pugliese:

El matrimonio bendecido por Dios

Solicítelo en su librería evangélica más cercana



El caminante

Maly de Bianchi

Jesús les dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí (Juan 14:6).

Jesús, en su ministerio por la tierra, caminó las veredas que el hombre bajo la ley no pudo recorrer. Dios decidió que su Hijo dejara trazado ese camino para que su Iglesia no se perdiera, ni se desviara o hiciera su propio camino. Sin embargo, casi 2,000 años después de la vida terrenal de Jesús, la Iglesia aún se encuentra haciendo y andando en sus propios caminos. El es el único camino. En él están encerradas todas las veredas que nos llevan a la verdad y a la vida.

Meditaba en esta verdad, cuando fui invitada en espíritu a caminar por algunas de las veredas por donde anda la Iglesia. Lo primero que vi fue un grupo de líderes en un pasillo, todos levantaban sus voces, unos más fuertes que otros. Discutían acerca de la segunda venida del Señor Jesús. Unos decían que vendría en el 2,000, otros que no habría arrebatamiento, otros que sólo faltaban 2 años para el final. Otros hablaban sobre el bautismo en agua, si debería ser por aspersión o

inmersión. Otros hablaban sobre el bautismo en el Espíritu Santo, que los dones sólo habían operado en el tiempo apostólico y que los ministerios ya no eran aplicados para este tiempo. Cada uno daba su perspectiva y la apoyaba en las Escrituras.

Después de un buen rato de ver y escuchar, lo que en el principio parecía cordialidad y amistad empezó a convertirse en un ambiente pesado. Ya no parecían tan amigables unos y otros. Empezaban a hablarse en formas duras, hasta se herían con sus palabras de menosprecio.

Saliendo del pasillo de la *División*, entré al grupo *Competencia*. Estos estaban muy atentos de quién de ellos predicaba mejor, a quién le daban más responsabilidades dentro de su iglesia, y quién era el que más dones tenía. Se detenían a examinarlos bien, su propósito era competir. Tenían un espíritu de lucha invencible y para luchar tenían que conocer contra qué lo iban hacer.

No les importaba pasar por los sentimientos de nadie; herían y lastimaban a mucha gente. Querían ser los únicos vencedores y se

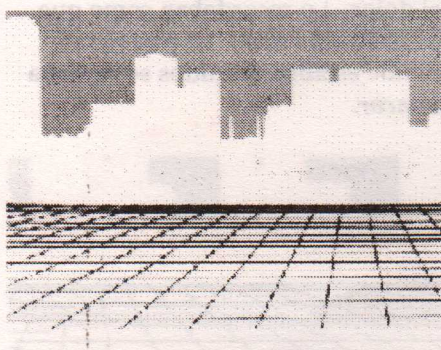
sentían muy amenazados cuando otros lograban alcanzar metas. Era tanta la lucha en sus corazones que, para lograr su cometido, hasta los ponían en mal delante de otros, o hacían bromas sarcásticas de alguna debilidad en su personalidad. De esa manera se constituían más importantes ante los ojos de los demás, dejando que la crítica y las burlas debilitaran el trabajo, los dones y las aptitudes de los otros. El propósito fundamental de esa lucha era obtener los lugares de más honra y ser muy notados, pues en su corazón se llamaban a sí mismos "los vencedores".

Me detuve a ver a dos grupos, uno de hombres y mujeres que recibían el reconocimiento de su congregación como gente fiel, llena de fruto. El otro grupo de compañeros de trabajo parecía reflejar felicidad en sus caras y se acercaban a los primeros para felicitarlos y ponerse a sus órdenes como apoyo en lo que estuviera a su alcance.

Todo parecía lindo y bueno, pero cuando se despedían empezaban a hablar contra los que habían sido reconocidos. Señalaban sus faltas, las exageraban, hacían comentarios

como: "no podemos imaginarnos cómo los líderes de la iglesia no tienen discernimiento para ver a quiénes deben de nombrar y reconocer." "Esos no tienen dones para el trabajo que les asignaron. No tienen autoridad para gobernar ni siquiera a un grupo, mucho menos a una iglesia." "Es tan inestable... su esposa no lo apoya, ella sólo piensa en sus hijos." "Ya los viste, son..."

Uno y otro comentario iba y venía, chismes, calumnias. El lugar donde estaban parecía que iba arder, porque aquellas lenguas habían sido soltadas. Yo pregunté quiénes eran. Oí una voz que me decía: "Estabas parada en la *Calle de la envidia*."



Cruzando hacia el otro lado de la calle, llegando a una avenida había otro grupo. Estos caminaban tranquilos; su comportamiento era pacífico. Cada uno se ocupaba en su propia actividad, sin molestarse ni discutir entre sí. Si no estaban de acuerdo, no importaba; pues cada uno estaba tan ocupado en lo suyo que el mundo exterior no tenía importancia para ellos. Hacían sólo lo que les gustaba. Habían descubierto que de esta forma ni se metían con nadie, ni nadie se metía con ellos.

Muy cerca de esta avenida llamada *Egoísmo*, estaba otro grupo. Estos eran los quebrantados de corazón, los huérfanos, las viudas, los pobres. Iban llorando y gritando sus necesidades. Necesitaban auxilio, un poco de consuelo y esperanza. Estaban muy cerca de la Avenida *Egoísmo*, pero ninguno de los que

andaba por ella parecía oírlos. Estaban tan absortos en sus quehaceres que no tenían tiempo de ver, ni de escuchar otra cosa que lo que se habían propuesto alcanzar.

Hacia muchos años que habían establecido su forma de vida y esto les evitaba muchos dolores y sufrimientos y no pensaban cambiar. No estaban dispuestos a incomodarse por otros. Nadie lo había hecho por ellos, ¿por qué hacerlo ellos por otros?

También me paré y vi al grupo de los que eran muy abiertos y sociables. Caminaban por la calle del *Chisme*. No dejaban de hablar, todos a la vez. Lo que relataba uno inmediatamente venía el otro y le agregaba. Unos a otros se instaban para contar las últimas noticias: lo que sucedía con el pastor y su esposa, con los hijos del líder tal, con doña Lupita que se dice tan santa, el problema que se suscitó en la misión de Los Angeles, del pastor que está en México que cayó en adulterio, pero que la esposa tampoco se queda atrás porque...

Pero lo que más me llamaba la atención es que ahí mismo había otro grupo que eran los más espirituales. Estaban atentos a todo comentario, también participaban, pero su propósito era "orar". Tomaban todos aquellos comentarios y se los llevaban a sus pequeñas células de oración, donde una vez más destapaban todos los comentarios y agregaban su pequeña parte "para que todo quedara muy claro si ningún olvido".

Su tiempo de oración en realidad era muy corto. La mayoría del tiempo se pasaban discutiendo lo que habían escuchado y cuando oraban ya lo hacían por encima, o tomando como verdad lo que habían escuchado. No los vi buscando la dirección del Espíritu Santo para encontrar la mejor forma de oración que trajera una respuesta a la vida de las personas afectadas. Oraban de acuerdo a su propia evaluación.

Caminando derecho me topé con

la *Avenida de los rechazos*. Había aquí muchas personas con cualidades y dones, pero parecían entumecidos; no se movían con libertad, algo se los impedía. Se comportaban intimidados y temerosos y, cuando al fin lograban hacer algo de valor, una voz fuerte en su interior se levantaba y les decía: "Tú no puedes. Lo que hiciste no tiene ningún valor. Nadie te lo valora porque tú no sirves para nada." La voz los volvía a paralizar dejándolos quietos, inmovilizados, fuera de toda creatividad y acción, ineficaces.

En medio de estas calles y avenidas había un gran parque. En él la gente estaba a gusto. Unos pintaban, otros quedaban sentados en las bancas leyendo, otros sólo tomaban el sol, otros caminaban de la mano de sus hijitos compartiendo con ellos un buen tiempo. El lugar invitaba a quedarse. Se respiraba paz, tranquilidad, calma, mucha calma.

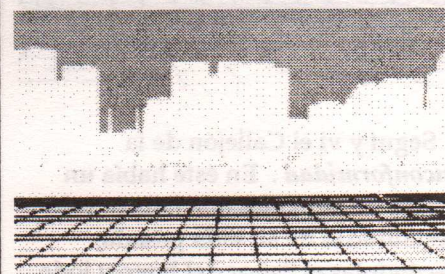
Me quedé un buen rato sentada en una banca observando a cada persona. Me sentía tranquila. Las presiones del diario vivir no existían en este lugar. Y yo dije:

—Señor, este lugar me gusta; me gusta la gente, lo que hacen, pero sobre todo aquí no siento las presiones ni de trabajo, ni de las personas.

Y él me dijo:

—Mira aquel letrero y lee su nombre.

He aquí su nombre era *Comodidad*.



Seguí caminando y viendo muchas cosas. Me sentía muy cansada en lo

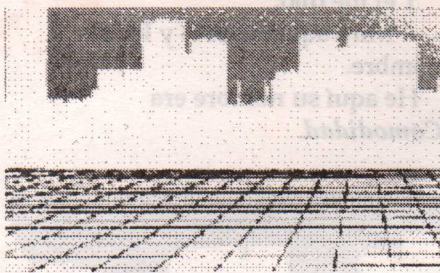
físico como en el espíritu. Me costaba creer que este era el Cuerpo del Señor. Me paré a descansar en una esquina. Creo que ya no quería seguir adelante, pero el Señor me dijo:

—Ven, sigue, porque todo esto que ves más adelante te va a servir.

Sin entender mucho, seguí y me encontré parada frente a una gran avenida ancha y muy transitada. En ella la gente corría de un lado a otro. Parecía no descansar, su labor era árdua. Algunos desempeñaban hasta tres trabajos; otros asumían muchas responsabilidades porque pensaban que nadie haría el trabajo con el esfuerzo y la entrega de ellos.

Había muchos pastores que no se detenían ni un momento debido a tanta responsabilidad: pastorear a todas las ovejas, orar por las enfermas, guiar a los diáconos y líderes de su iglesia, estar a cargo de la alabanza, ver que el grupo de jóvenes funcione bien, motivar al grupo de evangelización y, como si fuera poco, pensar en los proyectos para el año. ¡Ah! Además predicar todos los domingos, los miércoles por las noches, los sábados.

Con todo esto, no vi que oraran, ni buscaran la dirección del Señor para cada proyecto. Estaban demasiado ocupados y no tenían tiempo que perder.



Seguí y vi el Callejón de la *inconformidad*. En éste había un grupo de personas que habían sido restauradas de su vida pasada, sacándolas el Señor del hoyo y lodo cenagoso de sus pecados: drogas, libertinaje, alcoholismo, conflictos internos, depresiones, enojos,

instintos suicidas, pornografía, etc. Y a cambio recibieron vida y esperanza. Cada uno era un testimonio viviente.

De estos cambios ya hacía muchos años. A pesar de ser testimonios vivos, sus almas siempre estaban buscando obtener más y más. Pocas veces, o ninguna, daban gracias por lo que tenían. Al contrario, cuando oraban lo hacían de esta forma:

“¿Por qué mis hijos son...? ¿Por qué tengo esta esposa que es...? ¿Por qué mi esposo no es mejor...? ¿Por qué esta casa tan estrecha? ¿Por qué soy evangelista... cantante... en lugar de...? ¿Por qué... por qué... por qué?”

Había tanta ingratitud en sus corazones que no podían descubrir los tesoros que tenían cerca de ellos. Estaban enterrados porque ellos mismos los mantenían así.

Seguí viendo. Cada cuadra que cruzaba me enseñaba algo. No podría describir cada cosa que vi, pues no habría espacio suficiente. Decidí tomar lo que más me afectó.

Caminaba por esas calles y callejones cuando unos lamentos y quejas llegaron hasta mí. Todos gritaban, lloraban y se lamentaban profusamente. Parecían sufrir mucho. Sus llantos eran desgarradores. ¿Cuánto más podrían durar así? Me acerqué para ver.

Me topé con un hombre y le pregunté cuánto hacía que estaba sufriendo y por qué. Me contó que desde que era un niño de doce años. Ahora tenía cuarenta. Asustada, le pregunté:

—¿Desde los doce años esta llorando y lamentándose?

El dijo:

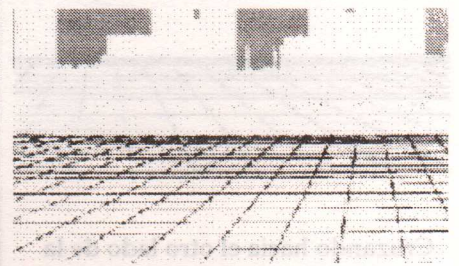
—No puedo evitarlo. Hay tanto dolor en mi alma por lo que mi padre me hizo. Apenas tenía doce años mi padre me encerraba en un dormitorio junto con él para que le hiciera compañía mientras él se disponía a emborracharse. Cuando estaba bien borracho, me hacía jurar que le obedecería en todo lo que me indicara y si no lo hacía me pegaba

con un cincho de caballo, con el que siempre andaba. Su deleite era mandarme a altas horas de la noche a robar espejos y aros de autos. Yo sentía mucho miedo de la noche y de que la policía me encontrara robando. Detestaba hacerlo, pero si objetaba algo en su contra, me azotaba hasta dejarme inconsciente.

Cuando terminaba de contarme parte de su vida, su lamento y llanto volvía a escucharse:

—Lo odio, lo odio. Destrozó mi vida, me hizo un guiñapo.

Este era el lamento de tantos en ese grupo. Cada uno tenía una historia, si no igual, parecida. Hacía muchos años que habían sido ofendidos por alguien y aún no podían sobrepasar el dolor. Lo recordaban como que hubiera sido ayer. La plazoleta donde estaban reunidos se llamaba *Rencor*.



Llegué a una fuente. Su nombre era *Fuente de las excusas*. Se les escuchaba diciendo frases como estas: “Señor, no puedo hacer lo que me dijiste. No soy la persona capacitada para hacerlo.” “No puedo seguirte porque la mujer que me diste es...” “Te seguiré, sólo que tenga el dinero para...” “Yo si quisiera, pero mi esposo es muy...” “No puedo perdonar porque fui tan ofendida que...”

Pero en una esquina había una mujer vestida de negro, un poco desaliñada, llorando muy acongojada. Me acerqué y le pregunté qué le pasaba. Con lágrimas me respondió que acababa de perder un ser querido. Estaba sola. Nadie del grupo la consolaba ni le ponía atención. Me dirigí a unos en el grupo para preguntarles

por qué no consolaban a esta mujer. Ellos respondieron que era una mujer sumamente emotiva, demasiado "almática", sin control.

—Le hemos enseñado que ese no es el comportamiento de una persona madura. Le hemos dicho que necesita cambiar. Pero en vista de que no obedece, hemos optado por no hacerle caso hasta que le pase o reconozca su comportamiento.

Estaba siendo persuadida por esta respuesta, cuando de repente, como una luz, vino a mi mente una pregunta:

—¿Hace cuánto perdió a su ser querido?

—Bueno —dijo el más comunicador—, hace ocho días.

Entonces levanté mis ojos al cielo y dije:

—¿Señor, qué piensas de esto?

Jesús me respondió:

—Hija, ¿tú no consolarías a un hijo que sufre por ser demasiado emotivo?

Reaccioné a esa respuesta y pude recordar a cada uno de mis hijos. Cada uno es diferente, unos menos sensibles, otros más. Esto no podría hacer ninguna diferencia para que yo me identificara con ellos en su dolor.

—Entonces, Señor, ¿por qué ninguno de ellos se acerca y la ayuda.

—Hija, ellos viven en el *Estanque de la justificación* donde es más fácil una respuesta "madura" que extenderse a sufrir con el que sufre. Sus vidas aún no están capacitadas para el *amor*.

Pasé luego a un gran campo que se llamaba *Malas acciones*, donde se encontraban muchos sembradores. En sus manos llevaban muchas semillas que sembraban donde pasaban. Cada actitud con la que activaban su vida era una semilla.

Su asombro eran las cosechas de cardos y espinos. La abundancia de la reproducción no era comparable con la pequeña semilla que había sido sembrada.

Después de pasar este gran campo, llegué a una gran casa con muchas

habitaciones. Cada una tenía un nombre. Parecían aulas de colegio. Algunos de los nombres eran: angustia, opresión, enfermedad, esclavitud, etc. Cada dormitorio estaba lleno de gente, pero su puertas estaban con candados. Seguí por la casa y llegué a un segundo piso, a un gran salón. Entré y me encontré con grandes hombres de Dios. Estudiaban las Escrituras día y noche. La discutían, analizaban la problemática de las congregaciones. Hablaban de como mejorar los diezmos, obtener un mejor crecimiento, campañas evangelísticas, seminarios, mejorar la alabanza, formar el grupo de músicos, teatro, etc.

Sin embargo, tan solo abajo de ellos, en la misma casa, estaba un sinnúmero de personas presas, que no sabían cómo salir de aquel lugar.

Mi corazón comenzaba a sentirse angustiado y cargado con todo lo que había visto y escuchado. Quise salir corriendo, pero no supe hacia dónde ir. No miraba el camino.

¿Estaría perdida? Me asusté profundamente. Corrí de un lado hacia otro con el propósito de encontrar el camino. No lo miraba ¿Dónde estaba?

Al fin, allá estaba. Sí, sí, ese era. Corrí y corrí para llegar lo más pronto posible. Un grupo de gente iba en él. Quise alcanzarlo lo más rápido que podía y con mucho esfuerzo lo logré. Una gran paz entró en mi corazón. Sabía que estaba en el camino correcto. Estas personas no estaban afanosas, ni angustiadas. No competían con nadie, eran humildes, sensibles. Había mucha mansedumbre en sus vidas. Tampoco se miraba que estuvieran luchando.

Ellos caminaban por donde tenían que hacerlo. Hacían la parte que les correspondía sin ningún tipo de afán o competencia. Sabían quiénes eran y hacia dónde iban.

Maly de Bianchi es directora de Ministerio Ester Apartado 2621-01901 Guatemala, C.A.

Invitamos

*a los pastores y ministerios para que colaboren
con artículos de actualidad
que sirvan de bendición al cuerpo de Cristo.*

Todo material debe enviarse a :

Hugo M. Zelaya, Director

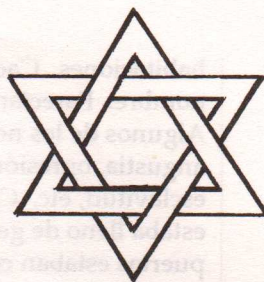
CONQUISTA CRISTIANA

14914 Thorough Good Lane
Houston, Texas 77084 U.S.A.

*Publicaremos los artículos en orden de presentación,
de acuerdo con los temas de nuestro programa.*

La Iglesia y el antijudaísmo

por German Salas



El Rey niño, y Mesías de Israel, *Yechúa*, nació en *Bet-lejem* de Judea, tanto su madre *Miriam*, como su padre adoptivo *Yosef*, del linaje de David, pero aunque al antijudaísmo le resultó imposible negar esta realidad por cuanto la misma está consignada en la Sagrada Escritura, lo cierto es que ha hecho todo lo posible por minimizarla; ya que el antijudaísmo se camufló dentro del cristianismo nominal, y hasta nuestros días está vigente.

Con toda certeza *Yechúa* asistiría desde su más temprana edad a la sinagoga. Su infancia la pasó en una pequeña ciudad llamada Nazaret, según la tradición fundada por judíos descendientes de la tribu de Judá y del linaje davídico, que retornaron de Babilonia.

Y aquí es donde el antijudaísmo ha tropezado y metido las manos. Porque *Yechúa* vino para ser tropiezo no sólo de los hijos de Israel que no lo reconocieron como el Mesías y Salvador de Israel, sino también para los gentiles, que aun profesando de la boca hacia afuera su fe en él, se niegan a reconocerlo en su calidad de Hijo del hombre, como enteramente judío.

Los doce apóstoles fueron de nacionalidad judía, incluyendo el llamado Apóstol de los Gentiles, Pablo de Tarso, que se reconoció él mismo como un judío auténtico [Romanos 9: 3-5; 11:1; Filipenses 3:5].

A partir del siglo cuarto el virus del antijudaísmo invade con inusitadas fuerzas las tiendas del cristianismo militante y, camuflado en la iglesia oficial, se da a la ingente tarea de purgar de todo elemento judío a la misma. ¿Y de dónde provino la nueva teología? *Pues de Roma.*

El complot lo encabezó Constantino el grande, supuestamente convertido al cristianismo, quien nunca dejó de ostentar el título de *Pontífice Máximus*, título que pertenecía al culto pagano, y el cual con el tiempo recogieron los papas de Roma, hasta nuestros días. Constantino otorgó a la Iglesia en Roma el título de oficial, es decir, religión del Imperio. Desde entonces empezaron a darse los decretos represivos y la tendencia de imponer los criterios antijudíos y expansionistas de la Iglesia Romana.

Faltaba aun un ingrediente más. Aunque antes y después del siglo cuarto la Iglesia aceptó estar fundamentada en la doctrina de los profetas y apóstoles, es decir Antiguo y Nuevo Testamento; y cuando hablamos de profetas y apóstoles hablamos de Israel, la nueva teología se las ingenió y afirmó desde entonces, y

hasta el presente día, que Israel y la Iglesia son dos cosas tan distintas. Y entonces dejaron para Israel todas las maldiciones y para la Iglesia se apropiaron de todas las bendiciones y promesas. Y con la teología de la sustitución vinieron también las persecuciones y las conversiones forzosas en nombre de *Yechúa* el Mesías. Y mientras el Apóstol de los gentiles, Pablo, nos habla de que "si algunas de las ramas fueron quebradas, y tú siendo olivo silvestre has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la grosura de la oliva; no te jactes contra las ramas, y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti" [Romanos 11:17-18]. Aun así la Iglesia de Roma, bajo la bendición de los papas, empezó una guerra a sangre y fuego contra el remanente del pueblo judío. Y argumentando que era el pueblo deicida, al cual no había que exterminar por completo, pero sí someterlo al Vía Crucis de las persecuciones, la tortura, el desprecio y el ultraje. Fue así como los judíos vivían entre la espada y la pared. Por un lado, Roma con su antijudaísmo disfrazado de cristianismo; por el otro, el Islam. Mas para los judíos resultaba más tolerable el propio Islam, que el yugo del cristianismo romano.

¿Cómo pretender, entonces, que los judíos llegaran a aceptar a *Yechúa* como el Mesías de Israel y Salvador de la humanidad, si el testimonio de los pretendidos cristianos era el odio, la persecución y el crimen? ¿Cómo conciliar la imagen del Siervo Sufriente del profeta Isaías, según el capítulo 53, con la realidad de un Mesías conquistador, sanguinario y, por sobre todo, antijudío? Ciertamente las hordas de las cruzadas y los tribunales de la "Santa Inquisición" parecían más los representantes de Satán en la tierra, que heraldos del Evangelio o ministros de Jesucristo.

Lo más lamentable de todo este equívoco consistió en el concepto falso que el mundo judío se formó de la Iglesia del Mesías. Desde su propia perspectiva, fomentada en gran parte, aunque no del todo, por esta visión equivocada del cristianismo, la reconciliación entre judíos y gentiles era imposible.

Con la llegada de la reforma protestante surgió un rayo de esperanza para el Pueblo del Libro. Pero al transcurrir los años y no recoger Lutero los frutos de su condescendencia, su mansedumbre devino en una colérica actitud contra los judíos. Escribió virulentos ataques, como el que a continuación transcribimos: "Sus sinagogas deberían ser destruidas y también sus casas.

Deberían ser castigados a vivir en tiendas. Se les debería privar de todas sus escrituras religiosas [O sea, la Biblia, que Lutero tanto honraba atribuyendo todas sus promesas tan sólo a los cristianos], los rabinos no deberían enseñar la Ley. No se les debe permitir a los judíos adquirir posesiones, ni rurales ni urbanas, sino únicamente trabajar como peones en tareas duras y pesadas. A los judíos ricos se les debería quitar el dinero y darlo a los judíos que se conviertan al cristianismo. Si todas estas medidas no tienen efecto, es el deber de un gobierno cristiano expulsar a los judíos de sus países como perros dañinos." (*Israel antiguo y moderno*, Johan Frelsén)

Cuando en 1933 el nacional socialismo tomó el poder en Alemania encontró como plataforma los enunciados antijudíos de Martín Lutero, mencionados con mucha frecuencia por la propaganda Nazi. Y como se sabe, el nacional socialismo llevó a cabo con pavorosa sangre fría no sólo los enunciados de Lutero, sino que rebasó los límites exterminando a seis millones de judíos, incluyendo a millón y medio de niños judíos, sentenciados a muerte en los hornos crematorios por tan solo su condición de judíos. Esto ocurrió en pleno corazón de una Europa cristiana, culta y clásica. En medio de una Alemania católica y protestante. Y mientras esto sucedía, la gran mayoría de los líderes del cristianismo oficial guardaban un silencio más que cómplice.

¿Quién y qué es la Iglesia de Yechúa el Mesías?

El Nuevo Testamento, el cual es el cumplimiento del Antiguo, formando ambos una unidad inseparable, es un documento eminentemente judío, escrito por judíos que narran los hechos de Yechúa y sus apóstoles. A través de sus páginas, conocemos y palpamos el cumplimiento en la persona de Yechúa de lo anunciado por los profetas. Su ministerio redentor lo llevó a cabo en la tierra de Israel, desde la alta y baja Galilea, Judea y lo que hoy conocemos como Transjordania. Su mensaje, aunque no concordaba con las expectativas del rabinismo oficial, obedeció al genuino espíritu de los patriarcas y profetas de Israel; y al cumplimiento de los anhelos más auténticos de la Nación Judía. Y lo que en opinión de aquellos judíos que lo adversaron, su crucifixión fue un fracaso, para los hijos de Israel que lo reconocieron como el esperado Mesías fue la mayor victoria en la mañana de *Pesaj* [Pascua] de su resurrección.

Estaba escrito, y el cumplimiento profético continúa desplegándose hasta el día de hoy, que *Elohim* haría de ambos pueblos, el Judío y el gentil, un solo pueblo. Las ramas originales, Israel, y las ramas del olivo silvestre, los gentiles, conforman una unidad indivisible que es la Iglesia de Yechúa. Pero esta iglesia no nació en el siglo

primero de nuestra era, ni la conforman solamente gentiles. Su origen se remonta a milenios antes de la aparición y manifestación del Verbo de *Elohim* como hijo del hombre. Puede afirmarse, sin equívocos, que la conforman todos aquellos que hallaron gracia en la presencia del único y verdadero *Elohim* desde antes, incluso del diluvio universal, abarcando la edad de los patriarcas, los profetas, los apóstoles, y la puerta aun está abierta para muchos hasta la consumación del mundo.

Tampoco la Iglesia de Yechúa nació en la Sinagoga. Sino que la Sinagoga, en los días de la manifestación en carne de nuestro Señor, fue el vaso que contenía el agua de la Revelación. Pero llegó el momento cuando el vaso no pudo contenerla, y el agua de la Revelación se desbordó. La iglesia entonces abandonó el odre viejo de la Sinagoga, rebasó los límites fijados por el rabinismo, y el vino nuevo tuvo que ser puesto en odres nuevos, sin que esto implicara ni la renuncia, ni el repudio a los valores y anhelos más profundos de Israel.

Antes del siglo cuarto, la Roma de los Césares influyó incluso en las decisiones de la Iglesia. Además de la matanza de judíos y cristianos en el Circo romano del siglo primero, ya en el año 135, luego del sofocamiento de la última revuelta judía contra Roma, el emperador Adriano obligó a la Iglesia en *Jerusalem* para que expulsara a su obispo judío, y pusiera en su lugar a un obispo gentil. Pero no sería sino hasta en el siglo cuarto, cuando bajo la cobertura del Roma bizantina se empezaron a dictar los decretos más absurdos y radicales para purgar a la Iglesia del más mínimo vestigio de judaísmo.

Si los cristianos del siglo primero hubiesen existido en el siglo cuarto, seguramente hubiesen sido expulsados del seno de esta iglesia imperial acusados de judaísmo por guardar el sábado, la solemnidad de *Pesaj* o cualquier otra fiesta judía. Porque aquellos judíos mesiánicos guardaban estas tradiciones en la entera libertad de conciencia, ya que su convicción de mesiánicos no consistía en renunciar a su condición de ser judíos; sino en una total renuncia al pecado y las formas arcaicas inventadas por el rabinismo fariseo. No estaba en la intención de la Iglesia del Mesías dividir a la Nación, ya de por sí dividida antes y después de Yechúa en facciones políticas y religiosas.

El apóstol *Yojanán* [Juan] nos dice que el Mesías "vino a su pueblo, y su pueblo [Israel como totalidad] no lo recibió, mas a todos los que lo recibieron les dio autoridad de ser hechos hijos de *Elohim*". De acuerdo con este principio, el propósito fundamental de la Iglesia del Mesías consiste en proclamar a Yechúa como Mesías de Israel, y Salvador, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles; alcanzando con la proclama del Evangelio a unos y a otros. Para ello, los judíos no tenían, ni tienen que renunciar al *Chabat* [sábado], *Pesaj* [Pascua], *Chavuot Chavuot* [Pentecostés], y *Sucot* [Tabernáculos] y otras festividades, que en la perspectiva

profética y espiritual señalan al Mesías.

Por otra parte, tampoco los gentiles están obligados por la Ley a someterse a los aspectos consagrados por los judíos, aunque si en algunos *Elohim* pone en sus corazones carga por Israel, y amor por tales aspectos, tienen la libertad de los hijos de *Elohim* para participar de los mismos desde una perspectiva Mesiánica, sin que ello sea motivo de escándalo ni de división. Pues la unidad de la Iglesia del Mesías quedó claramente definida cuando se presentaron elementos conflictivos que la amenazaban. Según nos revela el libro de los Hechos de los Apóstoles [15:24-29, traducción del autor]: "Por cuanto hemos escuchado que algunos que han salido de entre nosotros, los han inquietado con palabras, trastornando el alma de ustedes al mandarles que se circunciden y que guarden la Ley, a los cuales no enviamos; nos ha parecido, congregados en unanimidad, elegir varones y enviarlos hacia ustedes con nuestros amados hermanos Pablo y Bernabé, hombres que han expuesto sus vidas por el Nombre de nuestro Señor *Yechúa* el Mesías. Así que enviamos a *Yehudah* [Judás] y a Silas, los cuales también les comunicarán lo mismo. Que ha parecido al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponerles ninguna carga más que estas cosas necesarias: que se abstengan de cosas sacrificadas a los ídolos, y de sangre, y de ahogado, y de fornicación, de las cuales cosas si se guardaren de ellas bien hacen. Y *Chalón* [paz] sea sobre ustedes.

Hechos 15 es la Carta magna que definió los límites de las obligaciones espirituales entre judíos y gentiles cristianos, como miembros de la Iglesia del Mesías. Lamentablemente, los cristianos gentiles serían los primeros en olvidar y violentar esta Carta.

La teología de Iglesia del Mesías sin Israel fue por completo ignorada por los apóstoles. Ellos eran Israel y judíos por naturaleza, y jamás *Yechúa* les insinuó que renunciaran a tal condición. ¿Cómo podemos entonces conciliar la visión que nos da *Yechúa* de su Iglesia, con esa otra visión retrospectiva que tenemos de una Iglesia que, a sangre y fuego, ha perseguido a los judíos, y hasta los obligó a bautizarse o de lo contrario ser expulsados, como fue el caso de los judíos en España en 1492? Imposición que también fue aplicada a los aborígenes americanos. Pero ningún pueblo ha sufrido como el judío; eso que podríamos llamar el Gólgota de la Pasión en el desierto de la Diáspora a manos de la iglesia militante, alzando como estandarte el crucifijo y el nombre de *Yechúa* el Mesías.

La raíz de amargura, fruto del antijudaísmo a través del mundo cristiano, ha sido la objeción más válida del judío para no aceptar a *Yechúa* como su Mesías y Libertador. Una edad mesiánica y un mesianismo sin Mesías están incompletos, por lo cual muchos hijos de Israel se han involucrado en movimientos políticos y religiosos, cuyos principios están muy lejos de las raíces, visión y Espíritu de los Profetas de Israel.

La Iglesia del Mesías, hoy, puede abrir sus brazos y sus puertas al Pueblo del Libro que retorna de los cuatro puntos cardinales de la tierra hacia *Eretz Israel*, en un gesto amoroso de reconciliación, y en una nueva llamada, quizás la última, urgente pero respetuosa, pero sobre todo dando un vivo testimonio del infinito amor de *Yechúa* hacia quienes conforman las ramas del olivo legítimo.

Algo debe quedar claro: no creo que la verdadera Iglesia de *Yechúa* haya sido cómplice, ni directamente culpable de las matanzas y persecuciones contra el pueblo judío. Y si a partir del siglo cuarto una iglesia nominal y militante se dio a la tarea de repudiar todo aquello que la relacionara con Israel, la responsabilidad y culpabilidad habrá de caer sobre esa iglesia, y no involucrar ni a la Iglesia del Mesías, ni el Nombre de *Yechúa* en tales hechos.

Hoy, en la última década del siglo veinte, creemos en la urgente necesidad, e inmediata, de un cambio de actitud incondicional, hacia los judíos como personas, y hacia el pueblo de Israel, como Nación. Un giro de noventa grados donde todos los antiguos slogan antijudíos sean echados al abismo, junto con los dogmas teñidos con sangre judía. Y si le corresponde a la Iglesia del Mesías evangelizar a los judíos, ello deberá darse fundamentalmente con un vivo testimonio de amor hacia Israel, bendiciéndolos, porque a través de ellos, el Verbo de *Elohim* se manifestó en carne, como el Hijo del Hombre, *Yechúa*. Y además, porque a través de ellos, todas las naciones recibirán bendición en el fin de los tiempos.

El gran mandamiento de ámense los unos a los otros es la última y final alternativa que ha de tocar el corazón sufriente de Israel. Y cuando Israel encuentre, mire y palpe este amor del Mesías en quienes afirmamos creer en él, entonces el velo de incredulidad será rasgado por el propio *Yechúa* de los ojos espirituales de Israel.

Hace más de cien años, paralelo al surgimiento del movimiento Sionista, nació en los Estados Unidos de Norteamérica el movimiento de los judíos mesiánicos. Y hoy, día tras día, este mover del Espíritu Santo está alcanzando a más judíos, en Norteamérica, Argentina e Israel. Esta es una señal de la voluntad del Señor en cuanto a la salvación de los judíos. Y la Iglesia del Mesías, la única y verdadera, glorifica al Señor de los señores y Rey de Reyes, porque las murallas de Jericó caerán. Y en la unidad de su Nombre, ambos pueblos, Israel y los gentiles, conformarán una Nueva Humanidad sobre la tierra. Amén.

German Salas es autor de algunos libros de poesía. Autodidacta. Actualmente es anciano de una pequeña iglesia en Aguas Zarcas de San Carlos, Costa Rica y vicepresidente de la Embajada Cristiana Internacional en Jerusalem (Rama Costa Rica).

Hospitalidad

Por Miger M. Gálvez



No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles (Hebreos 13:2).

La primera referencia bíblica sobre el recibimiento de ángeles, sin saberlo, se da con el patriarca Abraham. Cuando él se hallaba en el encinar de Mamre (vea Génesis 18) se encontró con tres

varones no conocidos, a quienes por el solo hecho de haber pasado cerca de su tienda, los honró con especiales demostraciones de hospitalidad. El resultado fue la promesa divina del nacimiento de Isaac su hijo.

También se relaciona con la visita de dos ángeles a la ciudad de Sodoma, donde vivía Lot, sobrino de

Abraham. Cuando él los vio, les pidió que se hospedaran en su hogar. Sencillamente, los consideró como dos caminantes. La dramática defensa y cuidado que manifiesta frente a la actitud de los sodomitas, revela la intensidad de su disposición para honrar a sus huéspedes. El resultado fue su salvación del juicio divino para esa ciudad y Gomorra.

Se da el nombre de "hospitalidad" al acto y cualidad del que proporciona alimento y posada, de un modo espontáneo y sin remuneración, a un amigo o a un viajero. Note el énfasis de acto y cualidad juntos. Así se forma una virtud.

La hospitalidad, entonces, era una virtud estimada de gran necesidad y muy practicada antiguamente, debido al estado de la sociedad, la carencia de posadas públicas, lo disperso de la población, etc.



Un caso muy emocionante y demostrativo es el que sucedió a Moisés (vea Exodo 2). Gersón es el nombre que puso a su primer hijo nacido en tierra de Madián, "porque dijo: Forastero soy en tierra ajena." Así perpetuó su experiencia. La cordialidad, el amor y particulares demostraciones de honra de que había sido objeto, jamás deberían de olvidarse. Reuel, padre de Séfora, a quien incluso dio por mujer a Moisés, tuvo el acto más noble para él en la etapa de mayor crisis de su vida cuando huyó de Egipto. Los actos de genuina hospitalidad nunca pasan al olvido.

Lo sucedido a Manoa, padre de Sansón, muestra la justicia divina en relación con su pueblo. Las condiciones espirituales y sociales de su época eran deprimentes. Sin embargo, dice el capítulo trece del libro de Jueces, que el ángel de Jehová apareció a su esposa estéril, lo mismo que a él, para darles la noticia que tendrían un hijo a quien Dios usaría para dar libertad a Israel. —¡Cómo usa Dios a matrimonios fieles! El marido conoció primeramente al ángel de Jehová sólo como varón de Dios, pero era suficiente para que le ofreciera lo mejor que podía: "Te ruego nos permitas detenerte, y te prepararemos un cabrito."

Lo especial en este caso es que el ángel pidió que lo ofrecido a él lo pusiera en holocausto directo para Dios. Manoa gustosamente lo hizo así y cuando la llama subía hacia el cielo, "el ángel de Jehová subió en la llama del altar ante los ojos de Manoa y de su mujer, los cuales se postraron en tierra". Entonces, hay una estricta relación entre la hospitalidad y la adoración a Dios.

Cuando el justo Job afirma su integridad en el capítulo treinta y

uno dice: "Si comí mi bocado solo, y no comió de él el huérfano (Porque desde mi juventud crecí conmigo como con un padre, y desde el vientre de mi madre fui guía de la viuda); si he visto que pereciera alguno sin vestido... mi espalda se caiga de mi hombro, y el hueso de mi brazo sea quebrado (vs. 17-22). No hay concordancia entre ser hijos de Dios si no se manifiesta esta virtud. La falta de ella es grave. Por eso Dios la ordena a su pueblo como conducta permanente (Vea Levítico 19:33,34).

En las disposiciones divinas sobre el diezmo está incluida la visión de la hospitalidad (Deuteronomio 14:22-29). La atención prioritaria y el énfasis en toda la Biblia que se da a tan sagrada e ineludible manifestación de justicia, redundará en la concreción de su promesa: "...para que Jehová tu Dios te bendiga en toda obra que tus manos hicieren."

En la rebelión humana se destaca el egoísmo, que es idolatría, para oponerse a la enseñanza divina, haciendo de la vida algo indigno. Fanatismos (Jueces 19-22), animosidades nacionales (samaritanos versus judíos, Lucas 9:53; Juan 4:9), etc., en general sólo pecado, son la razón única para la infelicidad y la derrota. Cuando la sociedad ha llegado a este extremo, no es extraño oír la declaración bíblica acerca de Jesús: "A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron" (Juan 1:11).

La hospitalidad en el reino de Dios

Los cristianos primitivos miraban la hospitalidad como un deber cardinal y la practicaban en términos que captaban la admiración de los paganos. Daban acogida

especialmente a todos los miembros de "la familia de la fe" de cualquier lugar que fueran, quienes en su mayoría portaban de cartas de recomendación.

Bernabé y Pablo fueron portadores de los saludos y carta del concilio de Jerusalén (vea Hechos 15), a todas las iglesias de los gentiles.

Particularmente emotiva es la presentación de Onésimo que, posteriormente, hace el apóstol Pablo a Filemón (vea Filemón 15:17).

El Señor Jesucristo dio instrucciones a los apóstoles para que aceptasen los servicios que se les ofreciesen, lo mismo que a todos sus discípulos que anduviesen cumplidamente en la tarea de la "gran comisión" (vea Lucas 10:5-9). Además prometió recompensas a los actos que se hacen como mirándole a él (vea Mateo 10:40-42 y 25:34-45; Marcos 9:41). Por otra parte, advirtió a quienes no recibieran a sus discípulos sería como si a "él mismo lo rechazasen".

En consecuencia, para la Iglesia de Jesucristo era motivo de oprobio que un cristiano se hospedara en una posada cuando en la misma localidad residiera otro miembro de la congregación.

La enseñanza apostólica

La Iglesia del Nuevo Testamento es la que "persevera en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones" (Hechos 2:42), y la enseñanza apostólica presenta la hospitalidad no como algo optativo, es decir, si quiero o no, sino como un deber cristiano.

Así el apóstol Pablo dice: "...compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad"

(Romanos 12:13).

Se presenta como requisito esencial para los líderes: "...es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, *hospedador*..." (1 Timoteo 3:2. Énfasis del autor). La exigencia se repite en Tito 1:7,8.

En la calificación que se da a las viudas, para que puedan recibir ayuda de la congregación, se señala: "...*si ha practicado la hospitalidad*; si ha lavado los pies de los santos; si ha socorrido a los afligidos; si ha practicado toda buena obra" (1 Timoteo 5:9,10. Énfasis del autor).

También lo establece el apóstol Pedro como recomendación general: "Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones" (1 Pedro 4:9).

Asimismo el apóstol Juan lo menciona con tanto amor cuando se dirige al anciano Gayo diciendo: "Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje" (3 Juan 5,6).

El mejor ejemplo de hospitalidad

Lo da el Señor. En el Salmo 23 se ven las bondades de Dios para con los hombres, que somos peregrinos y transeúntes en la tierra. El Señor alimentó a las multitudes proporcionándoles alimentos para su cuerpo y espíritu (vea Lucas 14:15-24), invitándoles al festín celestial, sin dinero y sin precio (Apocalipsis 19:9) y lavando los pies a sus discípulos (vea Juan 13:13-17).

Recepción, amor, honor, acogida, especial atención es la que el Señor nos da cada día. En otras palabras, hospitalidad pura, verdadera y completa.

Todo esfuerzo de imitarle es, sencillamente, tener su espíritu.

El pastor Miger M. Gálvez Mena ha sido nuestro colaborador tanto en Vino Nuevo como en Conquista Cristiana. Reside en La Granja, Santiago de Chile.



Conquista Cristiana
la revista para líderes
que se capacitan
para la acción!

Envíe ahora \$10
(U.S. dólares) costo de 6 ejemplares

CONQUISTA CRISTIANA — Volumen 3 • Número 7 • 1994 — Director: Hugo M. Zelaya • Editor: Noé Martínez Q.

Publicación bimestral del Centro para Desarrollo Cristiano, que pertenece a la Fraternidad de Ministerios e Iglesias del Pacto — © Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores. Los puntos de vista expresados no representan la opinión de sus escritores y no necesariamente del director o editor.

El Material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la Biblia Reina Valera Revisada. — Impresión: Litografía Costa Rica, S.A.

CONQUISTA[®]
CRISTIANA

Teléfono 240-5080
Apartado 5551
1000 San José, Costa Rica



Porte pagado
Permiso No. 7
S.A.L.